

www.alfaguara.santillana.es
Empieza a leer... Historias de otro lugar

ALFAGUARA


José María Merino

Historias del otro lugar

Unas palabras del autor

Hace doce años reuní los libros de cuentos que había publicado hasta entonces y redacté, como introducción, el texto que sigue a este y que mantengo tal como estaba, aunque debo hacer algunas observaciones. Primero, que en 2007 se publicó una edición revisada de *Cuentos del reino secreto*, conmemorativa del vigésimo quinto aniversario de la primera, acompañada de un prólogo, que es el que ahora se incorpora a este libro. Además, que los cuentos que entonces aparecían reunidos bajo el título *Otros cuentos*, por un lado, y *Una fábula*, por otro, ahora están reunidos con la denominación *Cinco cuentos y una fábula*. También se incluye *Cuentos de los días raros* (2004), con lo que el libro no reúne ya 51 cuentos sino 66, y presenta lo que ha sido mi producción cuentística a lo largo de más de veinte años. Quiero añadir que todos los textos han sido revisados por mí, de manera que ésta es la versión definitiva.

¿Por qué *Historias del otro lugar*? En ese título he pretendido señalar el ámbito de todos estos cuentos, más allá de los temas de cada conjunto: el lugar que corresponde al espacio de la ficción, inevitable sombra esclarecedora del lugar de la realidad para los seres humanos, y en este caso todavía más «otro» por su general impregnación fantástica; un lugar entre cuyos habitantes están los personajes de este libro, tan familiarizados con una experiencia donde se mezclan sueño y vigilia a través de la palabra, lo que, según creo, pertenece naturalmente a las intuiciones de la literatura.

Madrid, primavera de 2009

El nacimiento en el desván

En tres días se puso oscuro y frío, hasta que acabó por nevar. Él se había quedado dormitando en el sillón, como de costumbre, cuando Gregoria llegó corriendo.

—¡Nevando en junio! —voceaba—. ¡Nunca se viera cosa igual! ¡Despierte! ¡Nieva!

Se levantó, asustando al gato que dormitaba también tumbado a sus pies, y se acercó a los ventanales. Los copos pequeños, en masas nutridas, desaparecían de modo instantáneo al tropezar con los tejados y la tierra de la calle. Por encima de aquel espeso torrente blanco, y a pesar de las nubes oscuras, la tarde resplandecía.

Salió a la huerta. Aquellos copos rápidos, que no cuajaban sobre las tejas, conseguían allí una breve permanencia, levantando pequeñas crestas en los bordes de las hojas de los árboles y de los rosales, tiñendo la hierba de un leve blancor. Y cuando dejó de nevar —del mismo modo súbito y extraño que había empezado— aquel blancor se apagó en unos instantes, devolviendo a la huerta sus colores naturales a través de una pasajera pero evidente sensación de oscuridad, como si la nieve al punto derretida hubiese sido un misterioso fulgor irradiado desde dentro de las ramas, de las flores y de las briznas.

Aquella incongruencia —la mueca del invierno cuando terminaba la primavera y el verano era irreversible— había traído a su ánimo una sensación desconsolada, y el fulminante apagón apoyó su desasosiego. El rostro súbito del invierno era algo más que un avatar climatológico: tenía algo de su propia actitud de tantos años, que culminaba en los últimos tiempos. Una especie de amargura postrimera en la que iba a verterse el caudal de una vida tan larga como solitaria. Con ese sabor de invierno volvió a la sala y, aunque Gregoria ya había eliminado, muchos días antes, toda la ceniza de la chimenea, colocando entre los morillos relucientes un enorme cóleo, le ordenó encender.

—¿Fuego? ¿A estas alturas? —exclamaba ella con una admiración que no conseguía ocultar el reproche.

—¿No nieva? A grandes males...

La oyó refunfunar mientras se afanaba en la preparación de los leños, tras llevarse el tiesto a la galería. Sentado de nuevo en el sillón, contempló aquellos esfuerzos de la vieja con la frialdad de una comprobación científica, hasta descubrir en sus movimientos, cada vez menos ágiles, y en el lento arrastrarse, el reflejo también de algo propio, íntimo. Las llamas que brotaron al cabo entre los leños fueron transformando su melancolía en la sensación benefactora de los inviernos de la infancia, de vacaciones nevadas, peleas de bolas, avellanas y nueces cascadas al reverbero calurosísimo de las brasas.

—Ni que estuviésemos en Navidad —siguió refunfunando Gregoria mientras se limpiaba las manos en el mandilón.

Las dos últimas Navidades habían reconstruido borrosamente aquellas de la infancia. Vinieron sus dos sobrinos con las mujeres y los hijos y la casa recuperó parte de los lejanos bullicios. Los niños corrían sobre la nieve, patinaban en los resbalizos, comían, también junto al fuego, las avellanas y las nueces y las castañas, jugaban con los regalos que, adelantándose a las fechas de su propia tradición infantil, les habían dejado los Reyes en la balconada.

Iban a contemplar el modesto belén de la parroquia y, al regresar, le preguntaban por qué no ponía él también un nacimiento en casa.

—Ponedlo vosotros, si queréis. Yo no tengo con qué.

Los dos años, los niños hicieron proyectos fervorosos para construir un belén el año siguiente. Con la imaginación transportaban ya las piedras, las cortezas, las ramas, las arenas y los musgos que servirían de montañas, de prados, de carreteras y senderos, de palmeras, acopiaban ya el talco que se esparciría sobre todo como una sutil nevada.

Oyéndoles, sonreía. Aquellos sueños fulgurantes estaban sin duda condenados a no hacerse realidad. Volverían en la siguiente Navidad y recordarían entonces los proyectos olvidados, con la enorme y pasajera decepción infantil.

Aquella misma tarde, cuando la nieve incongruente quedó totalmente deshecha por un crepúsculo anaranjado y risueño, concibió la idea del nacimiento. De joven, había sido hábil constructor de pequeños navíos que iba levantando poco a poco, en

una entrega silenciosa y aplicada que la absorbía tardes y noches. Aquella afición se extinguió de pronto, con la inesperada muerte de su padre: la contemplación de la agonía y del último aliento, la conciencia súbita de lo irremediable de la inmovilidad paterna, forzaron su ánimo a una gran transformación y por la noche, cuando volvió a su alcoba, el galeón que, escorado a estribor, mostraba las cuadernas y los esbozos de tallas en la popa, le pareció un juego pueril y burlón, un engaño.

No terminó aquel barco ni construyó otros, pero tampoco volvió a disfrutar nunca de una paz tan completa como cuando los iba realizando poco a poco, ignorante del rostro de la muerte.

De modo que revolvió en el armario de su alcoba juvenil hasta encontrar las herramientas, los pinceles, los tubos de color. Luego buscó en la leñera un trozo de madera de chopo y, sentado otra vez junto a la chimenea, donde un leve rastro de ceniza denunciaba el fuego de la tarde, comenzó a escarbar en él con los pequeños cuchillos.

El nacimiento ocuparía una gran parte del desván y le servirían de base varias puertas viejas, sostenidas por caballetes. Lejos de la escenografía tradicional, el belén iba a tener un paisaje insólito: el mismo del pueblo y de su entorno, repetido en una escala minúscula, con casas de dos palmos y calles no más anchas que una mano. La colina en cuya ladera estaba el pueblo sería reproducida también y, en lo alto, el círculo de piedras semienterradas que daba testimonio de algún remoto asentamiento. El río, y sobre el río el puente, tendrían de igual modo su lugar en el belén, y parte de la colina que ascendía al otro lado del río.

Recuperó, nuevo y completo, aquel entusiasmo absorto de los años mozos, cuando tallaba con habilidad el suave adelgazamiento de las vergas y del bauprés, o pergeñaba cuidadoso el mascarón de proa, el hueco de las cofas, el diamante del ancla, la tabla del timón.

Construyó primero su propia casa. Sola en la ladera del pequeño montículo —desnudo todavía de cualquier simulación de hierbas, rocas, caminos— tenía, sin embargo, una presencia singularmente verosímil.

La larga luz de las tardes del verano fue atravesando el hueco del ventanuco y él, entre el aliento caluroso que penetraba también por allí como una lengua cálida, entre el descanso de los

murciélagos que colgaban de las vigas como frutos o embutidos extraños y oscuros, entre la quietud que hacían más exacta los ocasionales sonidos del exterior, iba obligando a crecer al pueblo: y junto a la suya, fue construyendo las otras casas, los portales, los corrales, los huertos.

Al atardecer, subía al castro y comparaba con mirada minuciosa la realidad verdadera del pueblo con su reproducción, levantando planos cuidadosos que marcaban la dirección de las fachadas, la altura de las tapias, la anchura de las puertas, el aspecto del empedrado, la proporción general de vanos y volúmenes.

El otoño se anunciaba ya —el desván estaba frío y, a veces, penetraba por el hueco del tragaluz alguna hoja amarilla— cuando remató la espadaña de la iglesia, con dos pequeñas campanas de talco pintado. Luego fue preparando los montes, los huertos, los árboles y los senderos.

Para los Santos, pudo contemplar el nacimiento terminado. Sus manos habían conseguido reproducir, en una escala minúscula, el aspecto verdadero del pueblo, con los montes y el río. Se agachaba hasta meter la cara entre las casas y buscaba la inclinación que le permitiese la cercana visión de aquellas insólitas perspectivas vacías.

Lo solitario del paraje le sugirió la necesidad de unos habitantes y comenzó, con ánimo regocijado, la esquemática reproducción: el alcalde —que era al tiempo propietario de la tienda—, el guarda del coto, la maestra, el cartero de la villa en su moto, el cura, hombres, mujeres, rapaces, bestias. Los vecinos fueron saliendo de sus manos con una rapidez insospechada. Y gallinas, palomas, ovejas. Y Gregoria. Y él mismo, con su bufanda de los inviernos.

Diciembre llegó con lluvia. Una compleja red de cables sujetos al techo propició la instalación de varios portalámparas y las bombillas, ayudadas por botes vacíos y papeles de celofán de diversos colores, dieron al panorama del pueblo fingido, con las figuritas repartidas en calles, corrales y edificios, una atmósfera densa, una bruma opaca que se ceñía a las maquetas y a las figuritas como la niebla a las casas y a los hombres reales, cuando llegaba la noche.

La lluvia repicaba con fuerza en el tejado. Las perspectivas que tanto le asombraron otras veces por su extraño parecido con el pueblo verdadero, cobraban una gran nitidez: podía pensarse

que éste era el pueblo y que el de fuera —envuelto en oscuridad y agua— era solamente su trasunto grandón e impreciso. Por una calle bajaba el afilador, ante el rostro blanco de una mujeruca que lo veía pasar desde un portal. Un perro olisqueaba la fachada de la tienda y, envuelta en sus capotes, una pareja de guardias civiles iniciaba la subida, buscando el cobijo de la casa cuartel. El cura, dentro de casa, por la ventana, miraba llover en la plaza.

El sonido de la lluvia sobre las tejas parecía resonar en el monte mínimo, sobre los senderos y los callejones de arena cernida, en los prados simulados con aserrín teñido y encolado, entre las ramas peladas de los pequeños chopos, sobre las aguas de mentira del río.

Movía la cabeza a un lado y al otro y, con el leve mareo causado por lo forzado de la postura de su cuello y el enfoque escaso de sus ojos, el espacio del belén se fue haciendo equívoco: la plaza, a la altura del suelo y desde la pared norte de la iglesia, tenía la misma inclinación que la plaza real; y la penumbra del desván, detrás de la figuración del castro, era la imagen misma de la noche de invierno; el puente, que cruzaba un jinete sobre su mula, se tendía encima de un río lleno de las espumas turbias de las riadas; la fachada de su casa, vista con los ojos asomados al tejado, tenía toda la apariencia de la casa verdadera, cuando se miraba hacia abajo desde el desván, por la claraboya del muro frontero.

Y, de pronto, dejó de llover. No fue consciente de ello hasta que se produjo el primer movimiento; pero cuando sucedió, le pareció que sus oídos se abrían a una nueva magnitud sonora, a un silencio preciso y extenso, sin lluvia ni otro rumor que el de las tablas del suelo crujiendo bajo sus pies.

Lo vio de reajo y quiso suponer que había sido una ilusión óptica. Sin embargo, después de que movió la cabeza para mirar directamente, el perro seguía correteando a lo largo de la orilla.

Retrocedió ante el inesperado descubrimiento y la sorpresa se convirtió en miedo —un miedo frío que se le enredaba con fuerza en el cuerpo— cuando su mirada abarcó una panorámica mayor del pueblo: porque todas las figuras se movían.

Con el ritmo de la vida real, los hombres y las mujeres cruzaban las calles, entraban y salían de las casas, escardaban en las huertas, se afanaban en los corrales. Por el silencio límpido

empezaron a desparramarse unos murmullos suavísimos: como del río fluyendo, o de algún niño llorando; como de jatos mugiendo en las profundas cuadras; como de conversaciones en las cocinas.

Observó despavorido el nacimiento: en el centro del desván, el monte, las casas, la corriente, la chopera, parecían palpar con una realidad incuestionable. Y su miedo se convirtió en horror. Reculó hasta la entrada, cambió de un manotazo el sentido de la clavija en el viejo interruptor y, sin atreverse a mirar la súbita oscuridad, cerró la puerta e hizo girar la llave.

La casa ofrecía su latido habitual, con Gregoria preparando la cena y el motor del pozo cargando el depósito. Fue recuperando la verdadera dimensión de las cosas y apartó de sí, con un esfuerzo firme, la horrenda sospecha que aquella apariencia de vida le había sugerido: que el belén era lo real y él sólo una gran figura inerte tallada de una astilla por unas manos hábiles.

A la mañana siguiente, la conciencia del despertar habitual, hecha a medias de cansancio y de pereza, puso los recuerdos en su lugar: sin duda su experiencia de la víspera había sido solamente una alucinación de los sentidos. Y cuando tras arreglarse y vestirse bajó a almorzar, la acedía de tantos años, que sólo su frenesí de artesano había logrado aplacar durante unos cuantos meses, lo atrapó de nuevo para devolverle a la gris pero segura paz de su viejo escepticismo.

Sin embargo, la cocina estaba vacía, la cafetera abierta y la mesa sin componer. Desconcertado por aquellas trazas poco usuales, llamó a la vieja criada.

—¡Gregoria! ¡Gregoria! ¿Qué pasa?

El grifo del fregadero goteaba con compás de péndulo. Chirriaron los goznes de la puerta del corredor, pero ninguna pisada se acercó. Entonces, tapando su boca con la bufanda, se encaminó al corral.

Sobre el empedrado, asomando de la oscuridad del lavadero como dos reproducciones de madera a tamaño natural, las canillas de la mujer, rematadas en las grandes alpargatas negras de felpa, anunciaban un percance. Cuando llegó a su lado, la sorpresa horrorizada no le dejó rebullir: el cuerpo de la vieja estaba tirado boca abajo, y su espalda aparecía abierta como un libro bajo las ropas desgarradas. Detrás de las costillas se adivinaba la masa de

las vísceras. Inverosímilmente limpio, el escapulario del Carmen se posaba entre los jirones sanguinolentos.

Y estaba contemplando el cuerpo destrozado, preso todavía del estupor inicial, cuando comenzó a sonar el rebato de las campanas. Salió apresuradamente de casa y se encaminó a la plaza. En la mañana gris, la gente se estaba reuniendo en un corro. Por encima de las cabezas se alzaban los blancos penachos del aliento. Antes de que él hubiese podido hablar, le dieron la noticia de que, en la mañana, habían aparecido, también deshechos, los cuerpos de tres vecinos y de dos caballos.

Las jornadas, que transcurrían sin alteración ni sorpresa durante las horas de luz, adquirían durante la noche una dimensión pavorosa. Después de las muertes primeras, todavía hubo otras. Un pescador furtivo y dos perros, la primera noche; una familia entera de gitanos, instalados aquella misma tarde en la era con su tartana y sus bártulos, la segunda.

La rotunda desmesura de los degüellos sobrepasaba cualquier hipótesis y hacía callar a todos, como una invisible pero violentísima bofetada. Así, encerrada en sus casas, la gente del pueblo sentía empavorecida cómo el suelo temblaba, o escuchaba los gemidos de algún animal asustado que recorría las calles perseguido por un acoso inimaginable.

Solo ya del todo, al horror misterioso se unía la necesidad de asumir, en toda su amplitud, su propia subsistencia. La cama estaba cada vez más revuelta; la vaca pedía ser ordeñada; la cocina se iba desordenando y ensuciando progresivamente. El cuarto día, la imagen de un jamón mediado, sobre la mesa de la cocina, entre migas y restos de hogaza, en aquel conglomerado de platos y cacharros sin fregar, le dio la medida exacta de su situación.

La madrugada del quinto día, un viernes oscuro como una sartén, las campanas volvieron a retumbar entre la bruma. Una fuerza descomunal había destrozado la ventana de una casa. Los habitantes, un anciano matrimonio, yacían entre los restos de loza y madera como los muñecos olvidados después de una larga tarde de juego, y sólo la sangre, que lo embadurnaba todo, imprimía en la escena el sello certero de lo real. Sin embargo, el marco arrancado de cuajo, con toda limpieza, con una facilidad sobrehumana, y la forma en que estaba rota la vieja mesa de pino, como si en su centro se hubiese apoyado una fuerza incalculable, le recor-

daron la fragilidad de los pequeños objetos que él mismo había tallado, y que tan sólo un ligero esfuerzo de sus dedos astillaba y desmoronaba.

Esa imagen no le abandonó ya a lo largo del día. La cocina destrozada de los viejos, con los propios cuerpos descoyuntados, se mantenía viva en su mente como una maqueta rota. Sobre el miedo y el hastío comenzó a cuajar entonces una determinación.

La noche había caído ya. Buscó en el trastero la llave y se dirigió al desván. Otra vez el suelo se movió y los muros parecieron temblar. Cuando llegó a lo alto de las escaleras y abrió la puerta, el brillo leve de la claraboya y del ventanuco acotaban la enorme masa oscura de la estancia.

Encendió la luz. Entre la pacífica inmovilidad de las casitas, en aquella bruma simulada por la mezcla de las luces multicolores, había un gran bulto. Era el gato. Sin duda había quedado encerrado en el desván. Estaba agazapado junto a la reproducción de su casa, los ojos fijos en la claraboya. Miraba a la pequeña figura, de cuyo cuello colgaban los rabos de una bufanda. Alargaba su zarpa.

La figurita corrió entonces por el desván, llegó hasta el borde del nacimiento, atrapó con sus manos al gato y, volviendo con él hasta la puerta, lo echó escaleras abajo.

Revolvió luego en los baúles, buscó en las alacenas y las cajas amontonadas, hasta conseguir un montón de trapos —viejos capotes, estrambóticos vestidos, cortinas apolilladas, sacos— y cubrió con ellos todo el belén. Cuando terminó, cerró la puerta a sus espaldas, hizo girar la llave, bajó las escaleras, salió a la huerta —en la noche neblinosa brillaba un cacho de luna— y, después de levantar con esfuerzo las tablas carcomidas del antiguo pozo, arrojó dentro de él la llave que, tras un instante, chapoteó con eco leve en la húmeda negrura.

La prima Rosa

Mi prima metió la llave en la cerradura y se ayudó con ambas manos para hacerla girar. Empujó la puerta, que se abrió con resistencia chirriante. La negrura, abalanzada de pronto sobre nosotros, se detuvo en el mismo quicio y quedó entreverada por súbitos flecos de claridad.

—Hala, pasa —me dijo.

Por dentro, la casa era también de piedra sin enlucir. En la penumbra, en mitad de la estancia, reposaba la gran masa de la muela. Salía de ella con suave ronquido el rumor de la corriente, dándole una apariencia misteriosa de bulto vivo.

La estancia estaba iluminada sólo por un ventanuco de vidrios polvorientos. Subían al desván unas escaleras hechas de losas de piedra que embutían un extremo en el muro y apoyaban el otro en una larga viga de madera oblicua sostenida sobre tres pies verticales, también de madera.

De modo brusco, sin rellano, la escalera terminaba delante de una puerta que mi prima abrió. Ante el armazón desnudo del tejado a dos aguas, que descendía a lo largo de la habitación y cuyas vigas longitudinales soportaban el entablado, imaginé penetrar en alguna cabaña muy alejada, en el tiempo y en el espacio, de aquella realidad: el pueblo de mis tíos, la tarde de junio, mi prima mostrándome mi lugar de trabajo. En el muro del fondo, una ventana abierta dejaba ver el río, el arbolado de la ribera, el monte lleno de violentos claroscuros.

En el centro de la habitación había una mesa casi negra y junto a ella una silla de anea.

—Aquí no te molestará nadie —dijo mi prima.

Al tiempo de poner los pies en el suelo —tambaleante, casi mareado tras el largo traqueteo en aquella baca llena de bancos de madera apretados donde nos apiñábamos pasajeros, paquetes y gallinas bajo el sol de la tarde— yo había comprendido que la tutela de mi prima iba a ser inflexible. Me había dado los besos rituales pero me dijo, antes que cualquier otra cosa:

—No te habrás olvidado los libros.

Yo no hablé. Negué con la cabeza y alcé apenas el paquete que colgaba de mi hombro izquierdo. Ella me llevó a casa, donde saludé brevemente a los tíos, me hizo dejar el equipaje —a excepción de los libros— y, sin descanso alguno, me obligó a seguirla. Anduvimos por la carretera, hasta dejar atrás las últimas casas del pueblo. Por un sendero estrecho, flanqueado de espesas masas de follaje entre las que se espesaban súbitos rayos de sol, vibrantes de polvillo y de insectos, mi prima me llevó hasta el molino. El ámbito que conformaban, en aquella hora, el edificio, el río y el paisaje todo, se marcó con precisión en mi aturdimiento.

—Aquí podrás estudiar a gusto —añadió—. Yo te tomaré las lecciones por la mañana, después del desayuno.

Mi prima logró infundirme un temor que ni el propio don Fulgencio había conseguido nunca, con toda aquella furia suya de los lunes, cuando utilizaba la lengua latina como arma contundente que aplastaba en sus alumnos la desconocida adversidad que, al parecer, hacía tan agrias sus jornadas.

Los días eran luminosos —aunque las masas arbóreas tamizasen la luz y envolviesen el molino en una sombra verdosa, empapada de frescor— y llegaban hasta mi cuarto de estudio, mezclados con el sonido perpetuo de las aguas —un sonido doble: agudo y voluminoso en los murmullos del exterior, grave y tenue en el susurro que vibraba bajo mis pies, debajo de la casa—, los cantos de los ruiseñores, los mugidos, los chirridos de los vencejos y de las golondrinas, los ladridos, alguna voz humana que, por llegar fragmentada, desaparecía siempre antes de que yo hubiese logrado interpretar su sentido.

Los días eran luminosos y en su sonoridad había una plenitud de cosa acabada e irreemplazable. Sin embargo, yo llegué a aborrecerlos tanto como los días oscuros entre las paredes del seminario, e incluso más, ya que las rutinas y los fastidios eran allí compartidos y la adversidad se distribuía ampliamente entre todos nosotros, pero en la soledad del molino, en mi aislamiento, yo era el único objetivo del rigor profesoral.

Intentaba forzar la demora frente al tazón de café con leche, pero mi prima no lo toleraba.

—Vamos, espabila, no te embobes.

Y luego era minuciosa examinadora de mis conocimientos, con una parsimoniosa evaluación de cada pregunta que no soslayaba ni la letra pequeña.

Al principio, estaba envuelto aún en una imprecisa mordera, que yo quería atribuir al aturdimiento del viaje, y en una voluntad no muy concreta pero indudable de ocio, que me dificultaba, hasta físicamente, fijar la atención en las páginas de los libros, emborronando el campo de mi visión. Todo aquello me impedía contestar, con mínima dignidad, las preguntas de la prima. No comentó nada el primer día, ni el segundo. El tercero, cerró de golpe el libro y me miró a los ojos con dureza, con un fulgor de aversión y disgusto.

Tenía los ojos pardos, pequeños, llenos de chispitas doradas y rojas. Un ojo era de tono más oscuro que el otro. La fijeza de la expresión, junto con aquella disparidad, me turbaron.

—Oye, a mí no me vas a tomar tú el pelo —dijo—. Si sigues así, lías los bártulos y te vuelves a tu casa. Para empezar, esta tarde le escribo a tu padre.

Me imagino que palidecí. Aún me parecía sentir en las orejas, en el cuello, por toda la espalda, los rotundos manotazos de mi padre.

—No, prima —exclamé apresuradamente—. Estudiaré. Te juro que voy a estudiar. Es que estos días no sé qué me pasa.

Mi madre se había asustado de la paliza. Él estaba rojo y respiraba agitadamente.

—Te mato, mamón —balbuceaba.

Y aquella misma noche decidió mandarme a casa de su hermano, para que la prima Rosa, que era su ahijada y estudiaba Magisterio, me controlase. Mientras yo hipaba en la cama, ante el silencio asustado de mis hermanos, les oía hablar en la cocina, discutiendo todos los extremos de una larga carta en la que exponían dramáticamente el caso: aquel curso mío lleno de faltas, distracciones y continuo empeoramiento, que había culminado en la catástrofe de varios suspensos y una advertencia del padre rector sobre mi porvenir.

Me obligué a estudiar, con los codos apoyados en la mesa, violentando con una disposición dolorosa la repugnancia que sentía en todo mi cuerpo. A menudo, dejaba el estudio y bajaba a orinar en la presa, recuperando sólo en esos momentos, mientras

mi meada salpicaba en el agua tranquila, multiplicando las ondas en la superficie y entorpeciendo la límpidísima visión del fondo pedregoso, la conciencia del verano tan dulce y gratuito, que cruzaban felices las golondrinas y las libélulas. La meada concluía, y sobre mí caía el recuerdo del libro en la mesa del desván como debe caer la hoja de la guillotina sobre el cuello de las víctimas, haciendo definitiva la obligación de asumir una renuncia absoluta y sin remedio.

Nunca el verano ha sido tan hermoso, tan pleno, y nunca lo perdí tanto como entonces. Al cabo, me resigné a aquellas duras jornadas de estudio y examen, inmerso en una estupefacción similar a la que debían sentir los galeotes mientras empujaban los remos del navío y, cuando levantaba la vista y contemplaba el monte encendido de sol, y las hojas brillantes en el suave meneo de la brisa, comprendía que yo estaba condenado a contemplar el paraíso desde el exterior de la reja.

Pero con el paso de los días, aquella voluntad mía tan desesperada me fue facilitando la rutina del estudio, y me era ya posible pasar cada mañana el implacable examen de mi prima y, sin embargo, distraerme por la tarde algún tiempo, la mirada perdida en el paisaje. Así fue como la descubrí.

La primera vez fue sólo un instante: un bulto femenino, que me pareció el de mi prima, atravesó el sendero, en un pequeño trecho que no ocultaban los zarzales y los árboles. Al rato, oí un chapoteo, como de alguien que se hubiese tirado al agua.

La tarde siguiente ya estaba atento y, aunque también pasó rápida, vi con claridad que era ella. El chapoteo subsiguiente confirmó mi suposición de que, sin duda, mi prima venía al río a bañarse.

Se suscitó entonces en mí una gran curiosidad por contemplar furtivamente su baño. Creo que aquella curiosidad no estaba fomentada por una pasión concupiscente —ya que los estímulos de la carne tenían entonces para mí una sugerencia sólo muy borrosa e imprecisa—, sino más bien por una suerte de venganza. Me parecía que contemplar a mi prima en la intimidad de su baño, sin que ella lo supiese, era como desquitarme un poco de la férrea autoridad que continuamente, y sobre todo cada mañana, dejaba caer sobre mí.

Aquella tarde me ensimismé, pues, en la imaginación del acto de rebeldía, y la tarde siguiente apenas miré el libro, pendiente

tan solo de su llegada. Cuando la vi pasar, bajé rápido y sigiloso, busqué el sendero y lo seguí hasta adentrarme entre la vegetación de la ribera. Llegué por fin al lugar donde mi prima se había desnudado: sobre el tocón de un árbol, en cuya base se ofrecían las bandejitas doradas de unos hongos, estaba su ropa, doblada con cuidado.

Oí un fuerte chapoteo y me asomé con cuidado entre las ramas, esperando verla en el lugar de donde había provenido el ruido. Sin embargo, no encontré otra cosa que la superficie solitaria del río, alterada únicamente por los leves rizos de la corriente.

La inesperada soledad me desconcertó, hasta que un nuevo chapoteo, esta vez al otro lado, en la parte del molino, me hizo pensar que sin duda mi prima había nadado hacia allí, y temí que acabase por descubrir mi acecho; de modo que, agachándome, retrocedí por el sendero hasta el lugar en que el agua era visible otra vez.

Tampoco en esa parte había indicio alguno de mi prima. Al fondo, el molino silencioso, rodeado de hiedra, que nunca había contemplado desde aquel punto, me hizo imaginarme a mí dentro, tras la ventana abierta que, como un ojo vacío, presidía en lo alto la inmovilidad pétrea y oscura del edificio.

El río seguía su curso a un lado del molino; el agua de la presa, oscura por la sombra, entraba bajo él como si fuera tragada por una enorme boca. El arbolado de la orilla ocultaba ya el sol, que estaba muy bajo, y había en el aire un reverbero azulado, casi violeta.

Recuerdo que sentí un extraño temor: hasta tal punto el lugar había adquirido, en aquel momento, una apariencia inusual. Y entonces vi la trucha.

Estaba muy cerca del lugar en que divergían la corriente principal y la de la presa, y era inmensa. Yo había visto en mi pueblo truchas grandes: hubo una que sacaron con garrafa, que pesó cerca de los trece kilos, y desde luego que en el agua no aparentaba ni la mitad que aquélla. Por un momento —aunque mi conciencia no dudaba— razoné que era una gran piedra oscura y alargada no vista anteriormente. Pero la forma inconfundible, que permitía bajo su bulto el paso de la incierta claridad, y una inmovilidad en la que era posible adivinar, no obstante, la permanente vibración, se manifestaban como testimonios indudables de que se trataba de una trucha. Su aspecto se hacía más imponente por la falta de profundidad del lugar donde se hallaba.

Me quedé contemplándola absorto durante largo rato. La oscuridad fue haciéndose mayor. Al cabo, la trucha giró de pronto, sacudió su aleta caudal y desapareció río arriba, con rapidez de relámpago.

Aquella trucha enorme se me presentó como una imagen desmesurada de todas mis nostalgias invernales. En aquella abulia del seminario, que me había atrapado entre sus mallas durante el curso, latía una nostalgia irremediable en la que el río y las truchas tenían un papel importante. Las rutinas hipnóticas que giraban entre el olor de los guisos, los chuscos de pan y los mármoles grasientos, a lo largo de estancias frías y pasillos altos y oscuros, de jornadas largas y desoladoras como purgatorios, me habían hecho patente aquel curso, segundo de mis estudios seminaristas, el valor de lo que había abandonado. Y uno de los mayores tesoros de mi recuerdo eran, precisamente, los días de pesca. Desde muy niño, yo me había ejercitado en conocer y practicar los modos diversos de pescar las truchas. Aún no sabía nadar y ya era capaz de atraparlas bajo las piedras, en una búsqueda tenaz que no inhibía la aparición de las culebras. Luego, aprendí a pescar con la caña larga y también a preparar mis anzuelos con unas moscas a las que la impericia de mis manos no impedía ser útiles para capturar los hermosos animales de cuerpo restallante.

La gran trucha era, pues, como el fantasma de aquellas truchas no pescadas, evocadas con tanta melancolía en días interminables: era invierno fuera, un sol pálido iluminaba la tierra del patio, los escuálidos arbolitos pelados, la tapia de ladrillo, y yo imaginaba con acongojada memoria el mismo día y la misma hora en mi pueblo, junto al río. Y ahora, entre mi verano también frustrado, aparecía como una señal misteriosa: sin duda nadie, nunca, había visto una trucha semejante.

Cuando quedé dormido, aquella noche, el recuerdo de su inmenso lomo oscuro, del preciso golpe de su cola, de su rápido y solemne movimiento, inclinaba mi ánimo al regocijo, y casi disculpaba las tardes de estudio insoslayable y las mañanas de minucioso interrogatorio.

Desde el momento que descubrí la trucha, nació en mí el propósito de capturarla. Además, aquella larga temporada, en la que me había visto obligado a violentar dolorosamente mis verda-

deras apetencias, había conseguido crear en mí una capacidad antes desconocida para mantener mi imaginación bullendo sin por ello perder el hilo de las abstrusas cuestiones académicas. Conservaba así, frente a la incansable evaluación cotidiana de mi prima, el ritmo frenético a que me había visto forzado desde los primeros días y, sin embargo, conquistaba poco a poco, dentro de mí, un espacio para la ensoñación.

En ese contorno introduje mi idea. Con disimulo que nunca fue descubierto ni sospechado, fui escamoteándole a mi tío pedazos de sedal, anzuelos y plumas, y preparé, con aquella paciencia que había aprendido a asumir, las moscas artificiales que me parecían más apropiadas, según las que caían en el agua aquellos días.

Dejé mis aparejos bien sujetos a la orilla, en diversos lugares que podía contemplar desde la ventana. Mi prima seguía viniendo a bañarse en el río, al otro lado del recodo, y la trucha bajaba corriente abajo hasta reposar en su lugar habitual.

Por fin, una tarde, cayó en uno de los engaños. La pesca se anunció con enorme chapoteo. Yo había asegurado los anzuelos con sedales muy fuertes, bien sujetos por el otro extremo a cuerdas resistentes. La trucha se había enganchado muy cerca de su lugar de acecho.

Bajé corriendo las escaleras y, sin dudarle, me metí en el agua, que en aquella zona no me pasaba del muslo. El cuerpo de la trucha se me escurría y temí perderla, hasta que conseguí hundir mis manos en sus agallas. Tenía una fuerza muy superior a la sospechada y consiguió hacerme caer. Yo no sé cuánto tiempo duró nuestra lucha, pero recuerdo que rodamos por el agua largo trecho. Pienso que la excitación intensísima que me dominaba fue lo único que impidió que, medio ahogado en mis revolcones, me viese obligado a soltarla. Al fin conseguí arrastrarme hasta la orilla y, con enorme esfuerzo, empujarla fuera del agua. Y ambos quedamos tumbados sobre el sendero.

Vista a mi lado, parecía todavía más grande. Seguía coleccionando con furia y abría la boca en grandes boqueadas. A lo largo de su gran cuerpo, los lunares se marcaban como piedras preciosas. Me quedé observándola con emoción maravillada.

De repente, un descubrimiento me llenó de desazón. Eran sus ojos. Los ojos de la trucha trajeron a mi pensamiento los ojos de mi prima. Me pareció también que estos, como aquellos, eran

de distinto color, y que en ellos había una expresión similar. Y tuve miedo. La tarde estaba otra vez en esa hora azulada y misteriosa que parece el ámbito de un sueño. El edificio del molino se mostraba en su apariencia de gran ser agazapado. Desde los ojos de la trucha boqueante me miraban los ojos de la prima Rosa.

Le arranqué el anzuelo y la empujé hasta el agua. Quedó unos instantes quieta, y luego se fue alejando despacio, hasta desaparecer en el centro de la tablada, que la tarde ponía cada vez más oscura.

Cuando volví a casa, no era yo el único que había sufrido un accidente: mi prima se había enganchado con una zarza y tenía un desgarrón sanguinolento en el labio superior. Mi tía nos riñó a los dos. Para prevenir la posible pulmonía que me vaticinaba, me hizo tomar una copa de orujo —que, tras quemarme las entrañas, me sumió en una modorra risueña— y curó la herida de mi prima, a quien reprendía por aquella manía suya del baño cotidiano. Sobre la herida de mi prima, el agua oxigenada hervía con una espumilla suave. Ella me miraba fijamente, pero yo desvié los ojos.

Ya no volvió a bañarse en aquel pozo cercano al molino. En cuanto a la trucha gigante, tampoco la vi nunca más.